Hay una imagen que tiene más de dieciséis siglos y todavía es capaz de detener a quien la contempla. No está en un museo famoso ni iluminada con reflectores. Está bajo tierra, en las catacumbas de Roma.

Un hombre joven. Una oveja sobre sus hombros. Una mirada serena. Pero no es la serenidad de quien no sabe lo que ocurre, sino la de quien lo sabe perfectamente y aun así decide cargar.

Ese fresco fue pintado en el siglo III, en secreto, a la luz de antorchas, por alguien que sabía que podía morir por hacerlo. Y aun así lo pintó.

Esa imagen contiene una historia entera.

Una Iglesia sin templos visibles, sin poder político y sin protección. Solo catacumbas, reuniones antes del amanecer, pan partido en silencio y palabras transmitidas de boca en boca.

Una fe que no se imponía. Se compartía.

Una Iglesia dispersa, pero viva

Hacia el año 200 d.C., el filósofo pagano Celso intentó describir a los cristianos para burlarse de ellos. Sin darse cuenta, terminó retratándolos con precisión. Los llamó “la Gran Iglesia”, no por su poder, sino porque estaban en todas partes.

Roma, Cartago, Alejandría, Antioquía. Rutas comerciales, puertos, ciudades y caminos.

No tenían ejército ni territorio. No había una estructura visible que impresionara. Eran una red.

Y ahí estuvo su error de juicio: lo que parecía debilidad era, en realidad, su forma de existir.

Una fe que no crece por conquista, sino por contagio. No por decreto, sino por testimonio. No por el poder del que manda, sino por la vida del que ama.

Una fe transmitida con la vida

No había imprenta, ni internet, ni medios de comunicación. Una carta tardaba semanas. Un viaje, meses. Y aun así, el mensaje llegó a todas partes.

Porque alguien lo llevaba consigo.

No en libros, sino en la vida.

La transmisión de esa fe no era rápida ni superficial. Los nuevos creyentes pasaban meses, incluso años, formándose. Aprendían las Escrituras, la oración y el sentido profundo de lo que recibían.

En el centro de todo estaba la Eucaristía, no como símbolo, sino como realidad: el cuerpo de Cristo.

Eso los hacía incomprensibles para el mundo romano.

Y aun así, no dejaron de reunirse.

Porque entendieron algo esencial: la fe no se transmite solo con palabras, sino con la vida.

Con cómo se cuida a un enfermo. Con cómo se entierran los muertos. Con cómo se abre la puerta al que no tiene nada.

“Mirad cómo se aman”

El mundo los perseguía, pero también los observaba. Y había algo que no podía negar.

“Mirad cómo se aman.”

Ese fue el verdadero argumento.

Los líderes de aquella Iglesia no eran administradores, sino pastores, maestros y constructores de comunidad. Personas que sostenían la fe en un mundo que no les garantizaba nada.

Muchos murieron por ello.

Y, sin embargo, la Iglesia siguió creciendo.

Porque incluso en las ejecuciones ocurría algo inesperado. Se esperaba miedo, súplica o renuncia. Pero a veces había canto. A veces oración. A veces una serenidad imposible de explicar.

Y eso convertía.

No el argumento. La vida. Y también la muerte.

Un escritor de la época lo resumió con una frase que sigue resonando:

“La sangre de los mártires es semilla.”

La fuerza de una decisión

La primera Iglesia no era perfecta ni completamente uniforme. Había diferencias, tensiones y diversidad. Pero existía algo más fuerte que todo eso: una forma distinta de vivir y de mirar al otro. Una disposición a cargar incluso lo que no era propio, como el pastor del fresco.

A finales del siglo III llegó una de las persecuciones más brutales: iglesias destruidas, textos quemados y cristianos ejecutados. Parecía el final.

Pero no lo fue.

La fe había echado raíces demasiado profundas.

Y quizá eso es lo más importante de esta historia: el cristianismo creció sin poder, sin privilegios y sin seguridad. Avanzó porque había algo en él que el mundo no pudo ignorar.

Todo eso permanece contenido en una sola imagen: un pastor, una oveja y una decisión.

Porque la historia rara vez comienza en los palacios. Muchas veces empieza en silencio, bajo tierra, cuando alguien, aun sabiendo el costo, decide cargar.

“Porque lo que ocurrió hace siglos… tiene eco en la eternidad.”

P.D.

Hoy se celebra el Día de las Vocaciones Sacerdotales. Mientras el mundo persigue reconocimiento y poder, todavía existen personas que escuchan una llamada distinta: no a sobresalir, sino a entregarse; no a ser vistas, sino a cargar.

La Iglesia no comenzó con hombres que buscaban un lugar para sí mismos, sino con hombres dispuestos a perderlo todo.

Y quizá lo más inquietante es que esa voz sigue llamando.

A todos los sacerdotes —los que también se cansan, los que también dudan, pero permanecen— gracias por quedarse.